



cielo. Arrojó en una prision al profeta *Hanani*, y ejerció violencias contra algunos de sus súbditos, verosíblemente porque tomarian el partido del profeta.

Cuando fué á dormir con sus padres, fué embalsamado su cadáver á la usanza egipcia. Dejó el reino á su hijo *Josafat*, que desde luego destruyó los altos lugares y los bosques sagrados, y envió por todo el reino oficiales de su corte y levitas para vigilar é instruir al pueblo en la ley. El celo de *Josafat* fué más constante que el de su padre (1).

*Hanani* habia sido muerto por *Asa* en Judá, el hijo de *Hanani*, el profeta *Jehú* (2), fué muerto en Israel por *Baasa*. El profeta habia predicho al rey que su posteridad seria exterminada, «*que aquel de su raza que muriese en la ciudad seria devorado por los perros, y el que muriese en el campo por las aves del cielo.*» *Baasa* muere, *Zambri*, jefe de su caballería, degollando á *Ela* en un festin, cumplió la profecía. Entre tanto el ejército de infantería reunido en *Gebbeton*, no quiso al general de la caballería, proclamó rey á su propio general, y marchó contra el asesino, que se quemó en el palacio de *Thersa*, despues de una tiranía de siete dias. Por espacio de cuatro años *Amri* no mandó más que á la mitad de los israelitas, la otra mitad se habia colocado en derredor de *Thebni*; por último triunfó y no se mostró ménos ingrato. Compró la montaña de *Somer* y levantó en ella á *Samaria*, que desde entonces reemplazó á la capital indeterminada de las diez tribus, *Siquem*, *Thersa* ó *Bethel*, y fué una implacable y odiosa rival de *Jerusalen*. Marchó por las huellas de *Jeroboam*, y trasmitió el trono á un hijo digno de él. *Acab* tomó por esposa á *Jezabel*, hija de *Etbaal* ó *Itobal*, rey de los tirios, y adoró las divinidades fenicias. *Acab* construyó en *Samaria* un templo y un altar á *Baal*, y plantó una floresta en honor de *Astarté*. Bajo el nombre de *Baal*, ó señor, adoraban los fenicios, segun hemos dicho, el sol, y con el de *Astarté*, la luna, que tambien llamaban la reina del cielo, y era la diosa de los

amores deshonestos. Se ofrecian á *Baal* victimas humanas; se honraba á *Astarté* con infames prostituciones. Las florestas estaban destinadas á este objeto. *Baal* y *Astarté* eran como inseparables: en donde habia un templo del primero, allí habia cerca de él un bosque de la segunda; por lo cual se toman algunas veces sus nombres uno por otro. *Acab* servia más particularmente á *Baal*; *Jezabel*, á *Astarté*. Para agradar á este rey y á esta reina, que dirigia á su marido, un hombre de *Bethel*, llamado *Hiel*, emprendió la reedificacion de *Jericó* para desmentir la prediccion de *Josué* cuando la tomó y quemó. La prediccion se cumplió. *Abiram*, su primogénito, murió cuando puso los cimientos, y *Segub*, el último de sus hijos, cuando puso las puertas (1).

Formando contraste con *Acab*, reinaba entonces en *Jerusalen* *Josafat* (2). Así, mientras este, bajo la proteccion divina, construia fortalezas, ponía guarniciones en las ciudades fortificadas de su reino y en las plazas que su padre habia tomado á *Efraim*, y á la cabeza de un millon de combatientes hacia respetar el poder de Judá; mientras que los filisteos pagaban tributo y los árabes llevaban al rey de *Jerusalen* rebaños de machos cabríos y de ovejas, el rey de Israel proscribia los profetas y los hombres de Dios.

Cuando, con la idolatría y el desprecio de todo lo más santo, los vicios más abominables levantaron la cabeza en Israel, y los reyes, por una criminal política, impedían á los israelitas celebrar las fiestas del Señor en *Jerusalen*, Dios suscitó gran número de profetas que conservaron en este reino la luz de la verdad. El más grande de todos ellos y uno de los más extraordinarios personajes de la antigua ley es *Elias* de *Tesbé*, de la tribu de *Gad*, que saliendo de *Galaad* reprendió á *Acab* severamente sus crímenes. Este profeta, que cerraba el cielo sobre Israel y entregaba al hambre (3) la *Palestina* y la

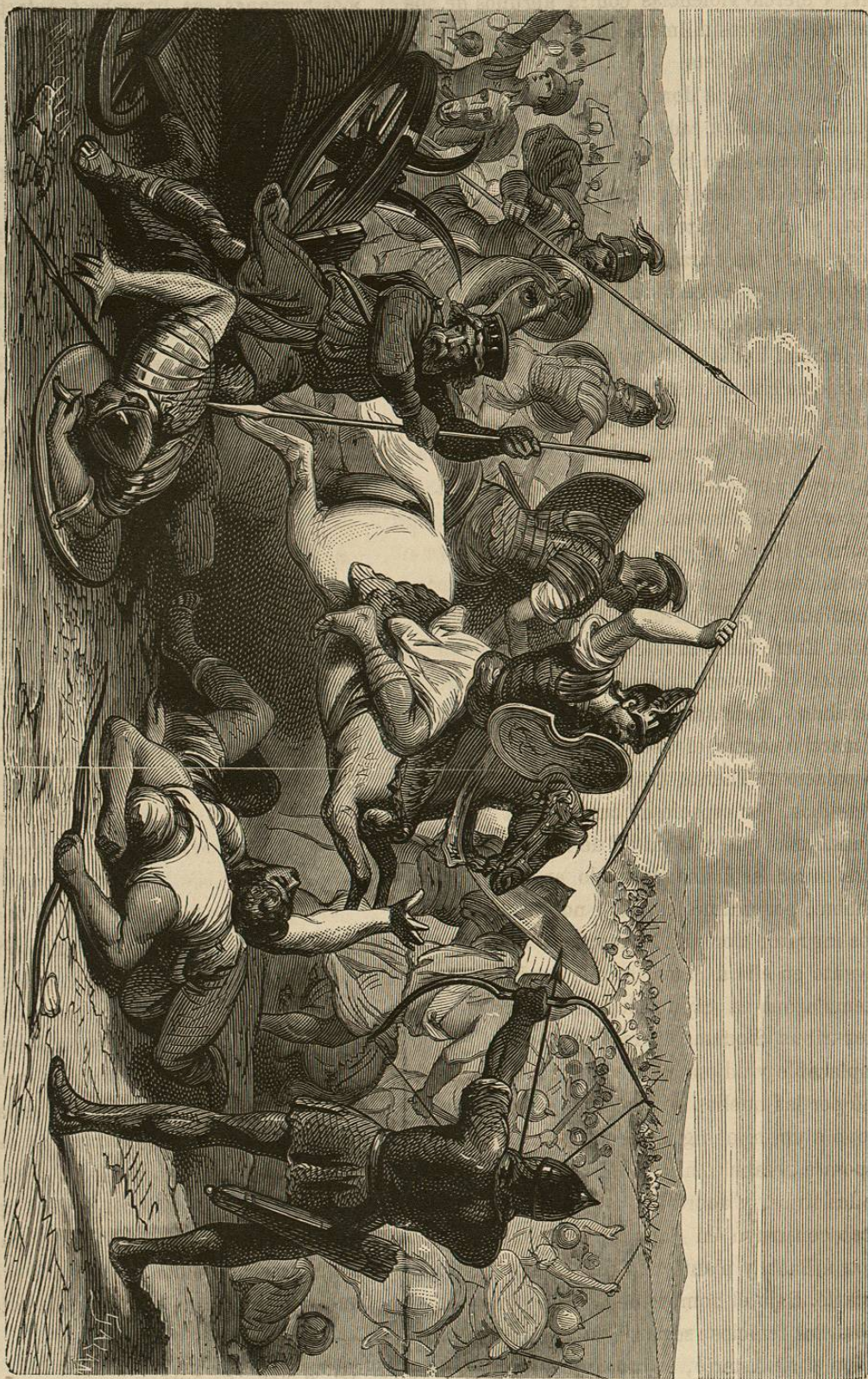
(1) 3, Reg., 16, 8-34.

(2) 3, Reg., c. XVI; 2 Paral., c. XVIII.

(3) Esta larga y milagrosa sequía ha dejado recuerdo entre los historiadores profanos. Hé aquí lo que decia *Menandro*, historiador de la Fenicia, en sus *Anales*, de los cuales *Josefo* nos ha conservado

(1) 3, Reg., c. XV, XVI; 2 Paral., c. XIII, XVI.

(2) El libro de *Jehú* se ha perdido.



DERROTA DE GIBSO EN TIMBRA





Fenicia; huyendo de las persecuciones del rey, era alimentado por cuervos cerca del torrente Carit. Despues de algun tiempo y durante la sequía, se dirigió por orden de Dios á Sarepta, ciudad de Sidon, en donde encontró hospitalidad en casa de una pobre viuda, y en premio de ella, segun la palabra que el Eterno habia pronunciado por Elías, ella y toda su casa comió durante algun tiempo del vaso de harina y la radora de aceite que tenia sin que disminuyese nada. El hijo de la viuda murió en este medio tiempo, y como ella le recriminase por la pérdida de su hijo, Elías oró al Señor y oyendo el Eterno su oracion, el alma del niño volvió á él, y recobró la vida. La mujer respondió: «Reconozco que Jehová habla por tu boca (1).»

Adorable Providencia, que para alimentar al hombre divino se vale primero de los cuervos y despues de una viuda pagana, premiando su fe con la resurreccion de su hijo! Nueve siglos más tarde, otra mujer, tambien pagana, obtiene del Salvador la curacion de su hija, acompañada de este inestimable elogio: «Mujer, grande es vuestra fe; hágase segun tu voluntad (2).»

Elías fué despues al reino de Sidon, precisamente cuando este país experimentaba los efectos de la sequía que él habia predicho, por cuya razon Ethbaal, su soberano, habia hecho morir un gran número de profetas de Israel. De esta calamidad hace mencion el historiador griego Menandro, que llama á este rey Ithobal (3).

A los tres años de sequía del torrente Carith, Jehová dijo á Elías: «Preséntate á Acab y yo haré que llueva.» Por esta misma época Acab mandaba al intendente de su casa, Abdías, recorrer el país en busca de yerba para que no pereciesen de hambre las bestias.

un fragmento: «Bajo el reinado de Ithobal, rey de los tirios, la lluvia cesó de caer desde el mes hiperbrete hasta el mes correspondiente del año siguiente. Ithobal mandó hacer oraciones y súplicas que fueron oídas. La lluvia reapareció al ruido de un terrible trueno.» (Josefo, *Ant. jud.*, t. VIII, c. VII.)

(1) 3, Reg., 17, 1-24.

(2) Mat., 15.

(3) Josefo, l. 1, *Cont. App.*

Este Abdías era un varon virtuoso que proveyó de pan y agua á los profetas durante la persecucion de Jezabel. En el camino encuentra á Elías, quien le manda anunciar su llegada al rey. Acab tiene una entrevista con el profeta y oye de su boca que todos los males de Israel provienen de haber olvidado él y su padre la ley de Jehová y haber seguido la de Baal.

Al mismo tiempo le propone reuna al pueblo, es decir, á los ancianos, sobre el monte Carmelo y haga venir allí á los cuatrocientos profetas del bosque de Astarté, que comen á la mesa de Jezabel. Así lo hizo el rey.

Entonces Elías acercándose al pueblo le dijo: «Si Jehová es Dios, seguidle; si lo es Baal, seguid á Baal.» El pueblo calló. Elías entonces propuso que trajeran dos bueyes y, que despues de divididos en trozos, los colocaran sobre madera, pero sin echar fuego debajo. Él y los sacerdotes de Baal invocarian á sus respectivos dioses, teniéndose por verdadero aquel que hiciera descender fuego.

Parecióle bien esto al pueblo, y empezando los sacerdotes de Baal por ser mayores en número y por invitacion de Elías, no consiguieron nada en el espacio de medio dia, y á pesar de haber saltado por encima del altar y de haberse hecho incisiones con cuchillos y navajas, segun su costumbre, hasta cubrirse de sangre. El salto y la danza significaban el entusiasmo divino, y estaban muy en uso entre los sacerdotes de Cibeles y Roma, y entre algunos de Marte, por lo que se les llamaba Sattios ó saltadores. La supersticion de hacerse heridas para atraerse el favor de los dioses era muy frecuente entre los antiguos. Hoy mismo se mutilan los indios por el hierro y el fuego. El hombre corrompido se presta gustoso á todos los sacrificios ménos al de su voluntad, porque este sólo Dios le ve.

Pasado el medio dia, los profetas de Baal continuaron sus extravagancias hasta las tres de la tarde, sin obtener ningun resultado satisfactorio. Elías mandó al pueblo aproximarse, reedificó el altar de Jehová que habia sido destruido, tomó doce piedras, en conmemoracion de las doce tribus de Israel, y con ellas levanta-



tó un altar á Jehová, con un altar al rededor. Cuando todo estuvo preparado, hizo derramar por tres veces sobre el holocausto y la madera agua en abundancia hasta llenar el canal, y al tiempo de ofrecer el sacrificio se aproximó y dijo: «Jehová, Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, probad que sois el Dios de Israel, que yo soy vuestro siervo y que todo lo que hago es por mandato vuestro. Oídme, Jehová, para que sepa que sois Jehová-Dios, y que nuevamente habeis convertido su corazón.» E inmediatamente el fuego de Jehová descendió y consumió el holocausto, la leña y las piedras, hasta el polvo mismo y el agua que habia en el canal. En vista de este milagro el pueblo se prosternó y dijo: «¡Jehová es Dios!» Entonces Elías mandó al pueblo que prendieran á los profetas de Baal, y llevándolos al torrente de Cison los dió muerte, porque esta era la pena que la ley imponía á los profetas que excitaran al pueblo á seguir los dioses extranjeros (1).

Elías subió despues á la cumbre del monte Carmelo y se prosternó en tierra, colocando la cabeza entre las rodillas. Esta posicion indica tambien hoy en el Oriente el recogimiento y el fervor. Elías manda á Acab que abandone la montaña para que no le sorprenda la lluvia que amenaza, y montando en su carro, se dirige, precedido del profeta, á Jezabel (2), ciudad populosa de la tribu de Issacar, y residencia de Acab, quizá por estar situada cerca de una hermosa fuente de agua.

Acab refirió á Jezabel lo que habia hecho Elías; pero la muerte de los profetas de Baal la llenó de cólera, y el profeta huyó al desierto favorecido por un ángel en el camino de Bersabée al monte Horeb, donde le apareció la gloria de Dios. Entonces Jehová le dió orden de retroceder á Damasco y ungir á Hazad como rey de Siria, á Jehú como rey de Israel y frecuentar la casa de Amri del mismo modo que Amri habia frecuentado la casa de Jeroboam; por último, á Eliseo, hijo de Safat, para que sea profeta en tu lugar (3).

(1) *Deut.*, 13, 5.

(2) 3, Reg., 18, 1-46.

(3) 3, Reg., c. XIX.

En el décimoctavo año de su reinado, Acab fué atacado y cercado en Samaria por Benadad, rey de Siria, ó Aram que tenia en su ejército hasta treinta y dos pequeños reyes ó principes tributarios, y le dijo: «*Vuestro oro y vuestra plata, vuestras mujeres y vuestros hijos me pertenecen.*» El rey de Israel reconoció su vasallaje, pero no era bastante. Se humilló ante Dios, y á las nuevas exigencias contestaba: «*No debe uno vanagloriarse cuando se tienen las armas en la mano, sino cuando se abandonan.*» En efecto, el Señor hizo que el ejército israelita consiguiera una gran victoria en las alturas sobre los sirios. Los servidores de Ben-Hadad le consolaban de la derrota que acababa de sufrir, diciéndole que los dioses de los israelitas eran los dioses de las montañas, y que atacándoles en la llanura los vencerian. Siguió este consejo Ben-Hadad, y al año siguiente tuvo lugar una gran batalla cerca de Afec, en la Celesiria, siendo tambien derrotados los sirios con pérdida de cien mil hombres, probando así á Ben-Hadad que el Dios de Israel «era el Dios de las llanuras lo mismo que de las montañas.» Acab consiguió que se establecieran en Damasco mercados públicos para los suyos, pero la paz le hizo olvidar su arrepentimiento. No satisfecho con su palacio de marfil, usurpó á Nabot la viña de Jezrael, á quien Jezabel condenó á muerte por juicio de los ancianos. En el campo de Nabot además se cumplió el decreto de la familia de Amri, segun habia anunciado Elías: «*los perros lambrán la sangre del rey, del mismo modo que lamieron la sangre de Nabot.*»

Tres años despues de concluida la paz entre Acab y el rey de Siria, Josafat, rey de Judá, viene á Israel cuando su rey proyectaba una expedicion contra Ben-Hadad, que se habia negado á cederle la ciudad de Ramot en Galacia. Preguntado por Acab si queria hacer alianza con él, Josafat respondió: «*Mi pueblo y el tuyo son un solo pueblo.*» Sin embargo, á despecho del falso profeta Sedecias, que enseñaba sus cuernos de hierro, diciendo que la Siria seria derrotada por el ejército de los hebreos, así como por los cuernos de un carnero, Miqueas habia anunciado que Israel quedaria





sín pastor. La cólera y las amenazas contra Miqueas no sirvieron de nada, igualmente que la astucia contra los designios de Dios. Acab, vestido de soldado, fué muerto en la lucha por una flecha arrojada al acaso (1). Su cuerpo fué sepultado en Samaria; su carro y las riendas de sus caballos fueron lavadas en la piscina de Samaria, y los perros *lamieron su sangre*, según la profecía de Elías. Le sucedió en el trono su hijo Ocozias.

Josafat fué derrotado por haberse unido á un príncipe impío; sin embargo, continuó siendo aliado de Joram y de Ocozias. Por lo demás, visitó el país desde Bersabée á Efrain, estableció á la puerta de las ciudades jueces de la ley, y por último instituyó un consejo supremo para los asuntos religiosos, presidido por el gran sacerdote, y otro para los asuntos civiles, presidido por el príncipe de la tribu real. Todos los negocios así civiles como religiosos, se juzgaban conforme á la ley de Dios, interpretada por los levitas y los sacerdotes. En la esencia era este consejo igual al de los ancianos y senadores establecidos por Moisés. Su autoridad debió de sufrir algo en los reinados precedentes, y hé aquí por qué Josafat le dió como una nueva organizacion. Despues de la cautividad de Babilonia, se le dió el nombre de synedrion ó sanedrín. Si las naves que enviaba á Ofir y á Tarsis son derrotadas en Asiongaber con las de Israel, él en desagravio derrota despues de haberse preparado con un ayuno y una ferviente oracion, y sin desenvainar la espada, á los amonitas, moabitas y á los sirios reunidos en Engaddi. Por este tiempo Elías se habia remontado á los cielos sobre su carro de fuego; pero antes habia hecho descender el rayo sobre los guardias de Acab y Ocozias, y echando en cara al príncipe rebelde el haber consultado al dios de Accaron con preferencia al verdadero Dios, le anunció que moriria por su falta. El profeta hizo además una terrible prediccion contra la casa de Acab; y su espíritu pasó á su servidor (2).

(1) III, Reg., c. XX, XVII; II, Paral., c. XVIII.

(2) IV, Regum, caps. I, II; Paralip., caps. XIX y XX.

Eliseo, que tocó las aguas del Jordan con la capa de su maestro y atravesó el rio á pié enjuto, se presenta á Joram, hermano de Ocozias, cuando se dirigia con Josafat y el rey de los idumeos contra los revoltosos amonitas. Por su mediacion, el cielo envia una abundante lluvia; Mera es vencido, y viendo arrebatada á Kirkhareseth, su capital, apela como único medio de salvacion, al bárbaro é inhumano recurso de sacrificar á su hijo sobre el altar de Moloch; los tres reyes sobrecogidos de espanto se retiran. El profeta resucita á un niño, ciega y conduce á Samaria á los satélites del rey de Siria, y descubre á Joram los designios de los Sirios.

Ben-Hadad, rey de Siria, estaba en guerra con Israel desde el tiempo del rey Joram. Más de una vez Ben-Hadad determinó en su consejo secreto preparar una emboscada á los israelitas; pero el profeta Eliseo hacia inútiles todos sus ardidés, advirtiendo á Joram todos los proyectos de los sirios y mandándole que ocupara los sitios designados. Ben-Hadad preguntó lleno de indignacion quien de los suyos le hacia traicion. Entonces uno de sus servidores, le dijo que era Eliseo, profeta de Israel, el que descubria á Joram todo lo que se decia en el consejo de secreto. Ben-Hadad sintió vivos deseos de apoderarse de Eliseo, y sabiendo que estaba en Dotam ó Dotain, en los alrededores de Samaria, mandó allí los caballos, los carros y un gran cuerpo de ejército. Al amanecer el criado de Eliseo vió la ciudad rodeada de tropas, y lleno de miedo, corrió á participarlo á su señor. No temas, le dijo, porque más hay con nosotros que con ellos. Despues Eliseo hizo oracion y dijo: «Jehová, abridle los ojos para que vea.» Y Jehová abrió los ojos del jóven y vió la montaña llena de carros y caballos al rededor de Eliseo (1).

Dios no tenia necesidad de caballos ni de carros para proteger á su siervo, ni este para estar tranquilo; pero Dios quiso.

Cuando los sirios se dirigian hácia él, Eliseo rogó al Eterno que los castigara con ceguera, accediendo Dios á sus súplicas. Entonces Eli-

(1) 4, Reg., 67, 17.



seo les dijo: «No es este el camino ni la ciudad que buscáis; seguidme y yo os conduciré adonde está el profeta.» Este los llevó á Samaria, y cuando estuvieron dentro, Eliseo suplicó nuevamente al Señor que los devolviera la vista para que vieran dónde se hallaban, como en efecto se verificó. El rey de Israel al verles, quiso castigarles; pero Eliseo le dijo que sólo castigaria á los que hiciera cautivos con su espada y con su arco. Dales pan y agua para que coman y beban, y que se marchen donde está su señor. El rey les hizo servir un gran festín, y despues que hubieron comido y bebido, salieron de la ciudad para no volver más á Israel (1).

Despues de esto, Ben-Hadad reunió su ejército y puso sitio á Samaria, en la que se sintió un hambre tan grande, que una cabeza de asno llegó á valer ochenta piezas de plata. Un dia que el rey de Israel pasaba por las murallas, una mujer exclamó: «Salvadme, rey y señor mio.» El rey contestó: «Jehová no te salva, ¿cómo te arreglarás para salvarte? ¿Qué me quieres?» Ella respondió: «Una mujer me dijo: Dame tu hijo para comérnosle hoy y mañana comeremos el mio. Hemos, pues, cocido y comido el mio... Y sin embargo, ella ha ocultado el suyo.» El rey, al oír hablar de esta manera, rasgó sus vestiduras, y á presencia del pueblo cubrió sus carnes con un sacco, exclamando: «Haga Dios lo que quiera de mí, Eliseo morirá hoy mismo» (2).

¡Qué mezcla de impiedad y de supersticion: además de una humilde penitencia y de una cruel injusticia! En lugar de humillarse ante Dios, lo toma por testigo de un crimen. En vez de reconocer que la impiedad de sus padres, la suya propia y la de su pueblo era la verdadera causa de todos estos males, añade una nueva impiedad. ¡Cuán diferente fué la penitencia de David en una calamidad semejante! «El hambre de mi pueblo es la mia, los pecados de mi pueblo son mis pecados,» ha dicho uno de los primeros emperadores de la China, Yao.

Hallábase Eliseo sentado en su casa con los

(1) 4, Reg., 6, 17-23.

(2) 4, Reg., 24-31.

ancianos, cuando el rey le mandó un emisario; pero antes que llegara, Eliseo dijo á los ancianos: «Sed testigos de que este hijo de homicida envia este hombre para cortarme la cabeza. No le permitais entrar.» Aún hablaba, cuando el enviado se dirige á él; pero el rey, que le seguia de cerca, dijo: «¡Ved el mal que Jehová nos envia! ¿Qué puedo yo esperar todavía de Jehová?»

Parece que Joram se arrepentia de la orden que habia dado y que venia él en persona para evitar la ejecucion, ó bien que el aspecto venerable del profeta le quitó el valor y quizá el deseo de mojar sus manos en su sangre.

Pero Eliseo dijo: «Oid la palabra de Jehová: Mañana á esta misma hora se dará por un siclo en la puerta de Samaria la medida de harina pura, y por otro siclo las dos medidas de cebada» (1). Uno de los jefes del ejército, en cuya mano se apoyaba el rey, respondió al profeta: «Lo que decís se podrá verificar cuando Jehová abra las cataratas del cielo,» á lo cual replicó Elías: «Lo verás con tus propios ojos, pero no comerás nada.»

A la puerta de la ciudad habia cuatro leprosos que, como tales, habian sido arrojados de ella. En tal apuro, resolvieron pasarse á los sirios, porque lo peor que podia sucederles era recibir una muerte pronta, y esto lo preferian á morir de hambre. Entraron, pues, en el campo enemigo y no hallaron á ninguno, porque Jehová habia hecho sentir en el campamento de los sirios el ruido de carros, caballos y de un ejército innmerable.

Sobrecogido de terror el ejército enemigo, y creyendo que habian venido en auxilio del rey de Israel los heteos y los egipcios, huyó dejando en el campamento todo lo que habia traído consigo. Los leprosos penetraron en una de las tiendas, comieron, bebieron, se apoderaron del oro y de la plata y lo ocultaron; pero despues se arrepintieron y fueron á la ciudad á dar la noticia.

El rey no se fiaba de las apariencias, pensando que los sirios habian abandonado el campo por estratagema y que espiaban en una em-

(1) Un siclo vale próximamente siete reales.